

fluencia de las intemperies del invierno y la invasión de las hierbas. A veces, á medida que se avanza, aparecen sobre la orilla del camino las paredes de una estancia en los lados de una escarpada pendiente. En la cumbre hay un teatro pequeño, donde aun se ven algunos fragmentos de columnas. Esta montaña devastada, poblada á trozos de espartos y de arbustos espinosos, lo más frecuente desnuda, y donde rocas destroza-das accidentan la delgada envoltura de tierra, es realmente una gran ruina. Allí estuvo el hombre, pero ha desaparecido. Una cruz hay en la cima sobre un montón de gruesas piedras ennegrecidas; sopla el viento y parece como que murmura una salmodia lúgubre. Las montañas del Mediodía, todas enrojecidas por la abundancia de árboles que todavía no reverdecen, el obscuro promontorio de Monte-Calvi, la fila de alturas desoladas bajo su cabellera encrespada de hierbas amarillentas; en lo más bajo la campiña romana, rojiza bajo su lienzo de nubes desgarradas: todo esto tiene el aspecto de un campo mortuario.

En los bosques regados que se atraviesan al bajar, florecen anémonas blancas, violetas y clemátidas, de un azul tierno y encantador. Un poco más lejos, la abadía de Grotta-Ferrata, con sus almenas de la Edad Media, sus viejas arcadas de columnas elegantes y sus frescos sobrios y graves del Dominiquino, aparta un poco el espíritu de estos sueños fúnebres. A la vuelta, en Frascati, el ruido de las aguas corrientes, las copas floridas de los almendros y de los espinos blancos en la concavidad verde de las montañas y el brillo de los trigos aun nuevos que se levantan, alegran el corazón con una dulce apariencia de primavera. Ha quedado más puro el cielo, muéstrase ya el

delicioso azul sembrado de nubecillas blancas que sobrenadan en el aire como palomas y á lo largo de todo el camino los arcos de los acueductos se destacan bellamente en plena luz del día.

Así es que aun bajo este cielo, todas estas ruinas hacen mal efecto: ¡son testigos de tantas miserias! Alguna vez aparece un macizo roído por la base, una bóveda que se deshece resquebrajada; en otra parte un arco aislado, un trozo de muro, tres piedras enterradas que asoman... diríase que son los restos de un puente arrastrado por una inundación ó lo que aun queda de una ciudad destrozada en un incendio.

El pueblo

Ante todo, cuando se quiere juzgar á las gentes del pueblo romano, hay que señalar como primer rasgo de su carácter la energía, quiero decir, la aptitud para las acciones violentas y peligrosas: he aquí dos anécdotas que lo demuestran.

Nuestro amigo N..., hombre atlético, valiente y sereno, que habita en la campaña á cinco ó seis leguas de aquí, nos refiere que en su pueblo las cuchilladas son cosa frecuente. De los tres hermanos de su criado uno está en presidio, los otros dos murieron asesinados. En este mismo pueblo dos jóvenes bromeaban y se divertían juntos. Uno de ellos tenía una flor en el ojal de su chaqueta, regalo de su amada. Se la cogió el otro, y «Dámela», dijo el enamorado: el otro no hizo más que reír. Entonces el enamorado se puso

serio. «Devuélveme ese flor en seguida», gritó. Nuevas risas. Quiere el otro rescatar la flor á viva fuerza, su amigo huye, aquél lo persigue, lo alcanza y le clava el cuchillo en la espalda, no una vez, sino veinte, como un carnicero, como un loco. Con la sangre, la cólera se les sube á estas gentes á los ojos y caen al instante en la ferocidad más salvaje de los tiempos primitivos.

Un oficial que está aquí con nosotros, cita rasgos semejantes. Dos soldados franceses se paseaban á lo largo del Tiber, vieron á un hombre del pueblo, que intentaba bañar á su perro, se lo impiden, trábanse de palabras, llegan á los puñetazos y el paisano grita pidiendo ayuda. Llegan entonces los del barrio y un mozueto aprendiz clava su cuchillo por detrás en el cuerpo de uno de los soldados, que cae sin hacer un solo movimiento. Era él un Hércules, pero el golpe había sido tan certero, que el hierro le atravesaba el corazón. En el campo otros dos soldados pasaron por delante de un cercado, cogieron algunos higos y echaron á correr. El propietario, no pudiendo alcanzarlos, disparó sobre ellos dos tiros, mató al uno y rompió al otro una pierna. Son estos unos verdaderos salvajes, que creen serles lícito siempre volver al derecho de guerra y llevarlo hasta el último extremo.

Nuestro amigo N... ha intentado abolir en su pueblo algunas prácticas crueles. Se mata un buey ó una vaca por semana, pero antes de rematar al desgraciado animal, se le entrega á los muchachos y á los mocitos, que le destrozan los ojos, le quemán el vientre, le cortan los labios, le rajan y le martirizan, para darse el gusto de verlo furioso: es que gustan mucho de experimentar emociones fuertes. N... intenta disuadirlos, va en bus-

ca del cura y se dirige á todo el mundo. Para impresionarlos á lo vivo, les presenta razones de utilidad positiva: «La carne así abrasada no puede ser buena para alimento.» «¿Y qué nos importa? le contestan;—como somos pobres no hemos de comerla.» Un día encuentra á un campesino que golpeaba cruelmente á su burro. «Deja tranquilo á ese pobre animal», le dijo. El campesino le contestó con el *scherzo*, con la dura y áspera burla romana: «No sabía yo que mi asno tuviese parientes en este pueblo.» Estos son los efectos del temperamento bilioso, de las pasiones agrias excitadas por el clima, de una energía bárbara que no tiene digno empleo.

La marquesa de C... nos dice que no habita en sus tierras, se está allí demasiado solo y los paisanos son *malísimos*. Ruego que no repita esta palabra, insiste la marquesa, y con ella su marido. Un zapatero ha matado á un camarada suyo de una cuchillada en la espalda, y después de un año de galera ha vuelto á su puesto, donde vive muy bien y respetado. Otro ha matado á su mujer á patadas estando en cinta. Los condenan á galeras á algunos para toda su vida, pero varias veces al año el Papa concede reducciones de esas penas. El que tiene algún protector, si ha hecho una muerte se ve libre á los dos ó tres años de presidio. Y no se está demasiado mal en presidio; allí se aprende un oficio y cuando se vuelve al pueblo no se halla deshonrado el sujeto, hasta el temen, lo cual es siempre útil.

Cito á este propósito dos rasgos que me refirieron en la frontera de España. En una corrida de toros, una bella dama española vió á su lado á otra dama francesa que se tapaba los ojos con las manos para no ver á un caballo despanzurra-

do que andaba con las tripas fuera. Se encogió la española de hombros y exclamó: «¡Corazón de manteca!» Un emigrado español había asesinado á un viajante y no tenía ni una mancha de sangre en su ropa. El juez le dijo: «Parece que sois muy práctico en matar», y el hombre respondió con orgullo: «¿Es que vos sois tan torpe que os mancháis con la tinta de escribir?» Tres ó cuatro hechos como los referidos demuestran una falta de humanidad que nos es completamente desconocida. En estos hombres incultos, cuya imaginación es intensa y cuya máquina está endurecida por la pena, la fuerza del resorte interior es terrible y la explosión es súbita. Las ideas modernas de humanidad, de moderación y de justicia no se han insinuado en ellos lo bastante para amortiguar los choques ó dirigir los golpes: han quedado estas gentes lo mismo que eran en la Edad Media.

El gobierno por su parte jamás ha tratado de civilizarlas, no les exige más que los impuestos y la papeleta de comunión; por lo demás, los deja abandonados á sí mismos, y sobre esto les ofrece el inmoral ejemplo del régimen del favoritismo. ¿Cómo han de tener idea de la equidad cuando ven la protección omnipotente de la influencia prevalecer contra los derechos particulares y el mismo bien público? Allá arriba tienen un proverbio cínico y crudo que diré aquí dulcificado: «La belleza de una mujer tiene más fuerza que cien búfalos.» Había cerca del pueblo de mi amigo N... un bosque útil á la comarca, que empezaron á talar ilegalmente: un *monsieur* (prelado de la curia papal) tenía parte en los beneficios y por esto fueron infructuosas cuantas reclamaciones hizo nuestro amigo. El ver á tantos crimi-

nales indultados y tantas irregularidades y traquecerías administrativas, les muestra al gobierno como una entidad fuerte, con la cual es necesario estar bien, y á la sociedad como un combate donde hay que defenderse como se pueda.

Por otra parte, en cuanto á fe religiosa, la imaginación italiana no comprende más que los ritos: los poderes celestes, lo mismo que los poderes civiles, son para ellos personajes temibles, cuya cólera debe eludirse con genuflexiones y ofrendas nada más. Al pasar ante un crucifijo se santiguan y murmuran una plegaria; pero veinte pasos más allá, cuando creen que el Cristo ya no los ve, se ponen á blasfemar de nuevo. Con semejante educación, júzguese si tendrán nociones y sentido del honor; y si en materia de juramento, por ejemplo, se creerán obligados en manera alguna. Los indígenas de América tienen á gala engañar con astucias á sus enemigos; así también los de aquí encuentran muy natural engañar al juez. En estado de guerra, la sinceridad es una tontería; ¿por qué he de dar yo armas contra mí al que ya está contra mí en armas? N..., pistola en mano, había salvado á una vaca, á la cual los de su pueblo iban á martirizar como ya he dicho. Días después, una noche, estando él á la puerta de su casa, oyó silbar sobre su cabeza una gruesa piedra. Se arroja, coge á un hombre que encuentra y lo zarandeo: no era él quien había tirado. Corre más y encuentra á dos hermanos: el mayor, que era el que había arrojado la piedra, se pone lívido, apunta con su escopeta á N... Este se libra agachándose, y luchando cuerpo á cuerpo coge al hermano más joven y bien sujeto lo presenta ante el mayor como un escudo ó parapeto. Así puesto el joven, sin poder moverse bajo la presión de dos

brazos de atleta, aun gritaba á su hermano: «¡Tira, tira!» Llega el criado de N... con su escopeta y entonces los dos pilletes huyeron. Nuestro amigo presentó su denuncia: cuatro testigos presenciales, uno de ellos sacerdote, juraron no haber visto que el joven tirase piedra alguna. Exasperado y precisado nuestro amigo á defenderse y hacerse temer y respetar para poder vivir en aquel pueblo, dió un duro á un vecino que nada había visto: éste fué el que, previo juramento, designó al culpable. Igualmente, y con más facilidad aún, se encuentran en Bengala veinte testigos falsos en pro ó en contra para el mismo proceso (1).

Los vecinos juran por condescendencia de unos con otros á tanto por juramento, y las mismas causas mantienen en ambos países las mismas mentiras. Desde muy antiguo, habiendo dejado de ser justo el juez, se habla delante de él, no como ante un juzgador, sino como ante un enemigo.

Por otra parte, estas gentes mentirosas, crueles y violentas como los salvajes, como ellos también, son estoicas. Cuando se ven enfermos ó heridos, los contempláis con la pierna rota ó con una cuchillada en el cuerpo, envueltos en su capa y permaneciendo sentados sin decir nada, sin quejarse, reconcentrados, inmóviles á la manera de animales que sufren; lo único que hacen es miraros fija y tristemente. Es que su vida ordinaria es dura y están habituados al sufrimiento: no comen más que polenta y hay que ver sus tugurios. Sus pueblos distan mucho unos de otros y esto los obliga á andar muchas millas, á veces tres leguas, para ir á trabajar al campo. Pero sacadlos de este

(1) Léase á M. de Valbezen, *Los ingleses en la India*.

estado militante y de esta continua tensión, y entonces el fondo generoso, la rica Naturaleza, abundantemente provista de facultades bien equilibradas, aparecen en ellos sin esfuerzo. Se hacen afectuosos cuando se los trata bien, y según dice nuestro amigo N..., un extranjero que con ellos se porte lealmente, encuentra la misma lealtad en su proceder. El duque de G..., que ha formado y mandado durante treinta años el cuerpo de Bomberos, no cesa de alabarlos. Por la paciencia, la fuerza, el valor y la observancia militar, los compara á los antiguos romanos. Los hombres se sienten honrados equitativamente tratados, empleados en una obra viril, y por eso se entregan completamente, con toda su alma. No hay más que mirar en la calle ó en el campo las caras de los paisanos ó de los frailes: en ellas brillan la inteligencia y la energía; imposible sustraerse á la idea de que el cerebro está aquí lleno y el hombre completo. Stendhal, antiguo funcionario del imperio, refiere que cuando Roma y Hamburgo eran prefecturas francesas, se recibían cuadros administrativos con indicaciones en blanco muy minuciosas y muy complicadas para el servicio de las aduanas y del registro: los hamburgueses necesitaban para comprenderlas y llenarlas sin equivocarse seis semanas, los romanos tres días. Dicen los escultores que desnudos los italianos enseñan una carne sana y fuerte como la antigua, mientras que al otro lado de los montes los músculos son flacos y débiles. Realmente, acaba uno por creer que estas gentes son los antiguos romanos de Papirio Cursor ó los ciudadanos de las terribles repúblicas de la Edad Media, las mejor dotadas de hombres, las más capaces de inventar y de obrar. Sin embargo, caídas bajo el hábito, la li-

brea ó los andrajos, emplean las mayores y más preciosas actividades en salmodiar letanías, en intrigas, mendigar y rebajarse.

En medio de la laguna se ve aún moverse el agua viva; cuando ellos se desbordan, su pasión es admirable. Entre las costumbres, galantes ó groseras, la Naturaleza virgen, que ha suministrado expresiones divinas á los grandes pintores, estalla en entusiasmos y arrobamientos. Uno de nuestros amigos, médico alemán, tiene de criada á una bella muchacha enamorada de un tal Francisco, obrero en el ferrocarril, que gana cuatro paules por día. El nada tiene, ella tampoco; no pueden casarse, pues les serian necesarios cien escudos para arreglarse un hogar. Esto es una desgracia chistosa, porque él no es guapo y no siente por ella más que un cariño mediano; pero ella, que lo ha conocido desde la infancia, lo ama hace ocho años y si pasan tres días sin verlo ya no come: el médico tiene que guardarle sus salarios, porque de otro modo ella se desprendería de honrada; está orgullosa y confiada en la belleza de su sentimiento y habla libremente de su amor. Le hago preguntas acerca de su Francisco y me sonrío, se pone ligeramente colorada; su rostro se ilumina y parece transportarse al cielo; nada puede verse más encantador y más gracioso que esta espiritual fisonomía italiana, transfigurada por un sentimiento tan abnegado, tan poderoso y tan puro. La infeliz tiene su hermoso vestido romano, y los domingos su cabeza aparece encuadrada por la toca de color rojo. ¡Cuántos recursos de belleza, cuánta finura, qué fuerza y qué impulso amoroso en un alma semejante, y qué contraste si recordamos las caras aturdidas de nuestras

campesinas ó las picarescas de nuestras modistillas!

Y aquí llego á tocar el punto delicado. Quiero abordarle, porque no soy orador decidido de antemano á encontrar argumentos políticos, sino naturalista, libre de preocupaciones y compromisos, dedicado á observar las obras y los sentimientos de los hombres, como haria con los instintos, las construcciones y las costumbres de las abejas ó de las hormigas.

¿Son italianos ó papistas? Según mis amigos, la respuesta es difícil. Estas gentes son muy ignorantes, muy apegadas al suelo, demasiado imbuidas en sus odios y sus intereses de campanario, para tener una opinión acerca de semejantes cuestiones. Sin embargo, se puede suponer que, en esta como en las demás cosas, se dirigen por su imaginación y costumbres. En su último viaje, el Papa ha sido aclamado y la gente se amontonaba alrededor de su carroza: el Papa es ya viejo, su rostro es bondadoso y bello, bueno para producir en estas almas incultas y ardientes el mismo efecto que la estatua de un santo; su persona, sus ropajes, le presentan como rebosando de indulgencia, y así la gente quiere tocarle, exactamente como hacen con la estatua de San Pedro. Por otra parte, el gobierno pesa poco sobre ellos, todos los rigores los deja para las clases inteligentes; el enemigo aquí es el hombre que lee ó que ha ido á la Universidad; á los otros se les desprecia. Sin duda que un paisano puede ser encerrado ocho días en la cárcel por haber comido carne en un día de vigilia; pero como es supersticioso, no siente mucho deseo de traspasar los preceptos rituales. Sin duda también que está obligado á tener su papeleta de comunión; pero no le repugna referir sus,

asuntos á otro hombre colocado en un cajón de madera negra. Además, en el pueblo hay muchas gentes que tienen por oficio confesar y comulgar, y de este modo, procurár gran abundancia de pa-peletas, que venden á cualquiera por dos paules. El impuesto directo, en cambio, es poco gravoso; los derechos feudales han sido abolidos por el cardenal Consalvi; no hay quintas, la policía, bastante avisada, tolera las contravenciones leves y el andar libremente por las calles. Si se da una cuchillada á un enemigo, fácilmente se obtiene un indulto y no hay que temer al patíbulo, cosa irremediable y horrenda para las imaginaciones meridionales. Por último, la caza está permitida todo el año, la licencia de usar armas no cuesta casi nada, no hay tierra alguna reservada más que las rodeadas por muros y es muy cómodo hacer todo lo que uno quiere, con la sola condición de no razer ni discutir sobre política, de la que nadie se cuida y nadie oye hablar cosa alguna. Por eso desde la entrada de los piamonteses se encuentran muchos descontentos entre los paisanos de la Romaña. Las quintas les parecen cosa muy dura, la contribución es muy pesada, se ven impedidos por una multitud de reglamentos: por ejemplo, se les prohíbe secar la ropa en las calles, se los somete á las reglas de policía minuciosa y á las cargas vigentes en los países del otro lado de los montes. La vida moderna exige un trabajo asiduo, sacrificios numerosos, una atención activa y una inventiva interesante; hay que tener valor, hacer esfuerzos, enriquecerse, instruirse, acometer empresas. Una transformación como esta no se hace sin agitaciones ni repugnancias. ¿Creéis que un hombre acostado diez años hace, aunque sea en trapos y con ropas sucias y llenas de insectos, se

encuentra á gusto si de un golpe se le pone de pie y se le obliga á servirse de las piernas? No dejará de murmurar, echará de menos su inercia, querrá volver á acostarse y sentirá pena por sus miembros. Pero dadle tiempo, hacedle gustar el placer de moverse, de tener ropa blanca, de tapar los agujeros de su tabuco y de poner en él muebles adquiridos con su trabajo, sobre los cuales ni el vecino, ni el funcionario de la policía, ni nadie, osará poner la mano; entonces se reconciliará con la propiedad, con el bienestar, con la libre acción, de cuyo primer instante no ha experimentado él más que las molestias, sin comprender la dignidad y las ventajas. Ya en esta misma Romaña los obreros son liberales; en Roma, en 1849, muchos tenderos y burgueses iban con su fusil á las fortificaciones y se batían con valor; que lleguen á ser propietarios los paisanos y pensarán lo mismo. Los bienes que pueden dárselos ya son conocidos. Antes de los últimos sucesos el clero secular y el regular de los Estados Pontificios poseían 535 millones de bienes, dos veces más que al terminar el siglo XVIII (1), dos veces más que hoy el clero de Francia. El gobierno italiano venderá esos bienes, como ha hecho ya en el resto de Italia. Esta será la gran palanca. El paisano romano, como el francés de 1789, se dedicará á cultivar, á mejorar su tierra, á redondearla y ensancharla; economizará para subir más alto, querrá hacer de su hijo un abogado, casar á su hija con un empleado y ser rentista; aprenderá á calcular y á leer; tendrá sobre su mesa el código, leerá el periódico, comprará acciones, hará blanquear y reparar su casu-

(1) El marqués Pépoli, *Finances pontificales*. En 1797 no había más que 217 millones.

cha y llevará á ella algunos muebles de la ciudad. Abrid un dique, y el agua en seguida empezará á salir; haced posibles la adquisición y el bienestar, y bien pronto las gentes vendrán á adquirir y á gozar. Sobre todo, no olvidéis el presidio para los ladrones y el cadalso para los asesinos. Bajo la justicia imparcial y estricta, el hombre comprende en seguida que la única ganancia prudente es la honrada, y entonces marcha inofensivo, protegido, útil, por el camino derecho, entre las barreras de la ley.

El gobierno

No me comprometo á prever para plazo muy largo. La política no es un objeto; sobre todo la política del porvenir, es una ciencia muy complicada. Por otra parte, para afirmar un juicio serían necesarios estudios profundos y una residencia bastante larga. No hablemos, pues, sino de lo que se ve, por ejemplo, del gobierno.

No se habla más que de esto. No he conversado jamás con un italiano culto sin que el diálogo no fuese á parar muy pronto á la política; esta es su pasión. Ellos mismos confiesan que desde hace cincuenta años, poesía, literatura, ciencia, historia, religión, filosofía, todas las preocupaciones y todas las producciones de su espíritu, sufren su ascendiente. En el fondo de una tragedia ó de una obra de metafísica, buscad la intención del autor y veréis que no ha pensado más que en predicar la república ó la monarquía, la federación ó la unidad de Italia.

Dicen que la ocupación del ejército francés ha hecho al gobierno peor que fué nunca. En pasados tiempos tenía algunas limitaciones, se detenía en mitad del camino de la injusticia; mas hoy, apoyado sobre la guarnición, formada por diez y ocho mil hombres, no teme á los descontentos. Por eso nadie duda que el día en que los franceses se vayan, será el último de la soberanía papal.

Procuró conocer exactamente el límite y la extensión de esta tiranía. No es violenta y atroz como la de los reyes de Nápoles. En el Sur, el antiguo despotismo español había dejado costumbres de crueldad; no ha sucedido lo mismo en Roma. No se apresura así de un golpe á un hombre para meterlo en el fondo de una cueva profunda, echarle todas las mañanas un cubo de agua fría sobre el cuerpo, torturarlo y embotarlo; pero si es liberal y mal notado, la policía verifica una visita de inspección, le quita sus papeles, registra sus muebles y al fin se lo lleva. Al cabo de cinco ó seis días, una especie de juez de instrucción le interroga, siguen á este otros interrogatorios, lo escrito llega á formar un gran legajo, que después de muchas dilaciones es puesto en manos de jueces propiamente dichos. Estos lo estudian no menos calmadamente, y así tal acusado de éstos permanece preso preventivamente por tres meses, otro seis ó más. Se abre al fin el proceso, que se dice público, pero no lo es; el público se queda á la puerta, sólo se admite á tres ó cuatro espectadores ya conocidos y probados, que entran con papeleta. La policía, además, saca provecho de los sucesos. Hace quince días, á las siete de la noche, á dos pasos del Corso, han asesinado á dos personas en un coche y les han robado 10.000

platastras; la policía no ha encontrado á los culpables, pero se vale de este hecho para prender provisionalmente á algunos liberales y encerrarlos á buen recaudo. Todo el mundo ha oído hablar de este proceso reciente, del cual sustrajo las piezas el comité romano. El principal testigo de cargo era una mujer pública, la cual denunció no sólo á las personas que iban á su casa, sino á otras que nunca la habían visto. Se me ha dicho el nombre de un joven complicado que fué preso de noche, juzgado secretamente y condenado á cinco años de prisión; el infeliz juró á su hermano en una conversación íntima que era inocente. Las leyes son tolerables, pero la arbitrariedad las corrompe y penetra así en las penas como en los indultos, y por eso nadie tiene confianza en la justicia, nadie quiere ser testigo, ni se cree al abrigo de una delación, ni está seguro de dormir al día siguiente en su cama.

Teniendo y ofreciendo dinero, no hay miedo á las confiscaciones, pero son reemplazadas en este caso por las molestias y los enredos. El marqués A... posee grandes tierras cerca de Orvieto, sus antepasados fundaron el pueblo que rodean las tierras. Los vecinos de la localidad, sin autorización del *monsignor* especial, decretaron una tasa sobre los bienes inmuebles, y sólo el marqués la paga por todos. Con la autorización del mismo *monsignor*, promovieron un proceso sobre un terreno del marqués. Si lo ganan, el marqués paga, si él lo pierde, paga también, pues que perteneciéndole toda la tierra, su posesión es la que provee á los gastos del común. Hay que ser amigo del gobierno para cobrar uno su renta; si no se corre el riesgo de ver á su arrendador siempre sordo.

Así, por estos mil lazos de interés personal, el gobierno sujeta ó mantiene á los propietarios y á la nobleza.

Por consiguiente, las gentes de la clase media (*mezzo ceto*), abogados, médicos y demás, viven oprimidos por las mismas trabas, su oficio los pone bajo la dependencia de la gran sociedad papal; si fueran liberales perderían lo mejor de su clientela. Además, todos los establecimientos de instrucción pública están en manos del clero: en Roma no hay más que un solo colegio ó pensión dirigida por legos. Contad, finalmente, á todos los protegidos y los mendigos, los bajos empleados, los aspirantes á poseedores de prebendas ó destinos; todos ellos no sólo obedecen, sino que rivalizan en alardes de celo, de eso depende su pan de cada día. He ahí una jerarquía de gentes encorvadas, tímidas, medrosas, que sonríen con un aire discreto y lanzan exclamaciones á voluntad, aunque nada sientan interiormente. El conde C... decía: «Se hace aquí lo mismo que en China; no se corta á nadie cruelmente los pies, pero se los tuerce y deforma tan bien bajo la presión de fuertes vendas, que se quedan incapaces para andar.

No puede ser de otra manera, y aquí es donde hay que admirar la lógica de las cosas. Un gobierno eclesiástico no sabría ser liberal. Un eclesiástico puede serlo; el mundo le rodea, las ciencias positivas le hacen presión en su cerebro, los intereses laicos vienen á desviar la dirección nativa de su espíritu; pero descartad de él todas estas influencias, libradlo de sí mismo, rodeadlo de otros clérigos, poned en sus manos la dirección de los hombres: él volverá, como Pío VII y como Pío IX, á las máximas de su condición, y seguirá la pendiente invencible de su estado. Porque sien-

do sacerdote, sobre todo siendo papa, se posee la verdad absoluta y completa, no tiene que esperarla, como nosotros, de reflexiones acumuladas y de descubrimientos futuros de todos los hombres; no, que ella reside toda entera en él, en el Papa y en sus predecesores. Los principios son establecidos por la tradición, proclamados en las bulas, renovados en las encíclicas, detallados en las *Summas* teológicas, aplicados hasta el más menudo detalle por las prescripciones de los canonistas y las discusiones de los casuistas. No hay una idea ni una acción humana pública ó privada que no se encuentre definida, clasificada y calificada en los gruesos volúmenes de los cuales el Papa es el defensor y el heredero. Más aún; esta ciencia es vida; una vez habiendo penetrado en su espíritu y promulgada por su palabra, todas las dudas deben caer; Dios decide en él y por él; la contradicción es una rebeldía, y la rebeldía un sacrilegio. Por esto á sus ojos el primer deber es la obediencia; el examen, el juicio personal, los hábitos de propia iniciativa, son pecados. El hombre debe dejarse conducir y entregarse como un niño; su razón y su voluntad no están en él sino en otro, delegado de lo alto para este oficio; ha de tener un *director*. En efecto, este es el verdadero nombre del sacerdote católico y á este empleo es al que en Roma se tiende y se llega. A este título, el sacerdote puede ser indulgente, hacer ligeros servicios, perdonar las debilidades de los hombres, sufrir los ataques del mundo y tolerar los deslices. Repugna él la violencia, sobre todo la descarada; gusta de las palabras untuosas y los procedimientos indulgentes; no amenaza, advierte y amonesta; extiende sobre los pecadores, como un rico manto acolchado, la amplitud de sus pe-

riodos llenos de palabras afectuosas; habla con calor de su corazón misericordioso y de sus entrañas paternales, pero hay un punto sobre el cual no transige: la sumisión del espíritu y del corazón. Fortalecido con esta obediencia, sale del dominio teológico, entra en la vida privada, decide de las vocaciones, arregla los casamientos, escoge las profesiones para los hijos de familia, dirige los adelantos, dispone los testamentos y lo gobierna así todo.

En consecuencia, tiene en los asuntos públicos gran cuidado en evitar á las gentes la peligrosa tentación de obrar por cuenta propia. En Roma, por ejemplo, el sacerdocio nombra los concejales del municipio, que completan el consejo uniéndose á otros; pero estos nuevos nombres deben ser aprobados por el Papa, de manera que todos los administradores lo son por arbitrio de éste. Lo mismo sucede en los demás servicios: un *monsignor* es quien dirige los hospitales, otro *monsignor* el que vigila los teatros y alarga los toneletes de las bailarinas. En cuanto á la administración, se permanece adicto todo lo que se puede á la antigua marcha. La economía política es una ciencia malsana, moderna, demasiado relacionada con el bienestar del cuerpo. Se deja ó se pone la contribución sobre las materias visiblemente fructíferas, sin preocuparse del empobrecimiento invisible que se extiende por todo el país (1). Un caballo paga el 5 por 100 todas las veces que es vendido. El ganado paga por los pastos, y además 28 francos por cabeza en venta, alrededor del 20 al 30 por 100 de su valor; el pescado paga el 18

(1) El marqués Pépoli, *Finances pontificales*. Véanse las Memorias del cardenal Consalvi.

por 100 sobre el precio de venta; el trigo cosechado en el *agro romano* paga cerca del 22 por 100. Añádase que el impuesto territorial no es ligero; yo sé de una fortuna de 33.000 escudos por año que paga de 5 á 6.000 escudos de contribución; además se hacen empréstitos. Todo esto viene y está en la tradición de los *luoghi di monte* y de las finanzas de los dos últimos siglos. Se trata de vivir, y se vive al día; se quiere, sobre todo, no turbar el orden establecido; las innovaciones horrozan á los ancianos, que se alarman ante el espíritu moderno. Uno de mis amigos que ha viajado por América, decía al Papa: «Santo Padre, sostened al nuevo emperador, ordenad al clero mejicano que haga concesiones y se someta; si no el imperio caerá, los americanos protestantes lo invadirán, lo colonizarán y acabará por ser un gran pueblo perdido para la fe cristiana.» Parecía el Papa comprender esto, pero he aquí que el peso insuperable de las tradiciones acaba de armarlo públicamente contra la única institución capaz de prolongar en la América del Norte el sostenimiento de la religión que preside el Papa.

En suma, subsistir, impedir, contener, conservar, esperar, extinguir: he ahí su espíritu. Si buscamos en él otro rasgo distinto, el espíritu eclesiástico es también el que lo suministra. Un sacerdote hace voto de celibato, y á causa de esto los pecados contra la castidad le preocupan más que todos los otros. En nuestra moral laica, el primer resorte es el honor, es decir, la obligación de ser valiente y probo; aquí, dominando lo eclesiástico, toda la moral gira alrededor de la idea del sexo; se trata de mantener el espíritu en la inocencia y la ignorancia primitivas, ó al menos de arrancarlo á la sensualidad por las mortifica-

ciones y la abstinencia, ó cuando menos, y en definitiva, impedir el escándalo manifiesto. A este fin la policía es severa: nada de mujeres en las calles por la noche, los negocios amorosos concluyen bajo su manto, y el comandante francés ha debido cambiar con el *monsignor* especial las notas más divertidas. La decencia interior es mantenida á toda costa, ¡y á qué costa! Hace muy poco una pobre joven que tenía unos amores ha sido presa, encerrada en una penitenciaría, y le han dicho que el encierro durará por toda su vida.—¿Pero es que no hay medio de salir de aquí?—preguntó.—Es necesario—le respondieron—encontrar á uno que quiera casarse con usted.—Entonces ella hizo buscar á un viejo calavera que inútilmente le había hecho la corte; este miserable se casó con ella, y un mes después explotaba, como es aquí costumbre, su belleza, pero las apariencias se habían salvado. Uno de mis amigos me habla de cierta joven seducida por un obrero; quería ella á toda costa criar á su niño; el cura, al saberlo envió los gendarmes, le quitaron el hijo á viva fuerza y lo llevaron á la inclusa. Porque vuestro párroco tiene el derecho de intervenir en todos vuestros asuntos; puede prohibiros que tengáis una criada joven, si no sois casado; si sospecha la existencia de algún amorío, puede prohibiros visitar á las jóvenes y lo mismo á las mujeres casadas; puede echar de su parroquia á las mujeres cuya conducta le parezca dudosa; puede pedir al cardenal vicario el destierro de una actriz ó de una bailarina; tiene gendarmes á sus órdenes y no da cuenta de lo que hace más que al cardenal vicario. Es imposible á todo romano vivir en Roma no estando bien con su párroco; sin la certificación de éste no se puede obtener

un pasaporte ni un permiso para cazar: el párroco tiene puesta su mirada sobre vuestras costumbres, vuestras opiniones, vuestros discursos, vuestras lecturas, y he aquí la policía á vuestros talones. Evitar el ruido, extender sobre la vida humana un barniz de corrección; obtener certificado de la práctica de los ritos; no ser discutido; quedar en el antiguo estado y sin oposición; ser absoluto en el reino del espíritu y de los negocios por el ascendiente de la imaginación y de la rutina: á esto se encaminan y se reducen las pretensiones del gobierno pontificio, y bien se ve que tal ambición proviene, no de un estado momentáneo, sino de la esencia misma de las instituciones y de su carácter. El gobierno temporal en manos de eclesiásticos no puede ser otro: llega al despotismo dulce, minucioso, inerte, decente, monacal, invencible, como una planta concluye en su flor.

La religión

Leo todas las mañanas con vivo placer *L'Unità Cattolica*: es un periódico instructivo, y en él se ven claramente los sentimientos que se llaman religiosos y católicos en Italia.

Un periódico liberal proponía á las damas italianas enviar sus alhajas á Garibaldi para el día de su santo: ¡qué ultraje para San José, que tiene la desgracia de ser el patrón de ese bandido! En compensación, *L'Unità Cattolica* pide á las damas sus alhajas para el Papa, porque el Papa es el jefe de la Iglesia y la Iglesia representa místicamente un carácter que debe ser muy caro á las mujeres,

la maternidad: este argumento es irresistible. Otro periódico llama al Papa «el gran mendigo» (*il gran mendico*). Un mes después leo la lista de los donativos, inserta á la cabeza de la primera plana. Son ya muchos: se estima que el Papa recibirá dos millones de duros cada año por este camino. Ordinariamente, por una gracia obtenida ó esperada, y no sólo espiritual, sino temporal, los donantes envían su ofrenda reclamando la bendición del Santo Padre, «para un negocio importante» (1).

Se ve que el Papa es considerado como un personaje influyente, especie de primer ministro en la corte de Dios. Frecuentemente, en estas peticiones hasta se señalan los grados de la jerarquía con precisión: el suplicante se recomienda primero á Jesucristo, cerca de Dios Padre; luego á la Virgen ó á tal ó cual santo cerca de Jesucristo; últimamente al Papa cerca de los santos, de la Virgen y de Jesucristo. Estos son los grados de la jurisdicción celeste. El Papa les parece un delegado de los soberanos del otro mundo, encargado de gobernar éste, provisto de plenos poderes; por intermedio de él deben hacerse las comunicaciones, él margina las solicitudes. El italiano devoto guarda aún las ideas que Lutero encontró reinando hace ya tres siglos; concreta y humaniza todas las concepciones religiosas; á sus ojos, Dios es un rey, y como en toda monarquía, se llega al príncipe por los ministros, sobre todo por los parientes, los familiares y los domésticos.

(1) 23 de Marzo.—«La marquesa Julia *** ofrece al Santo Padre un anillo de oro con un *exvoto*, para obtener de San José una gracia especial.»

26 de Marzo.—«Un hijo que ora por la curación de su madre, ofrece al Santo Padre diez francos y otros diez á la Madona de Spoleto, para obtener la gracia pedida.»

De aquí que la importancia de la Virgen ha llegado á ser enorme (1).

Verdaderamente ella es aquí la tercera persona de la Trinidad y reemplaza al Espíritu Santo, que no teniendo figura corporal, escapa á la penetración del pueblo. Para gentes que no imaginan las potencias celestes sino con una cara humana, ¿qué puede haber más atrayente y misericordioso que una mujer? Y ¿qué puede haber más poderoso y más acreditado que una mujer tan amada cerca de su hijo tan bueno? Acabo de hojear *La Vergine*, que es una recopilación de versos y de prosa que se publica en honor de la Virgen María. El primer artículo trata de la visita de la Virgen á Santa Isabel y del tiempo que probablemente duraría; al fin hay un soneto sobre el ángel, que hallando á María tan encantadora tuvo no poca pena en volverse al cielo. No tengo aquí ya el texto, pero respondo del sentido, y un periódico semejante se encuentra sobre la mesa de las gentes de la sociedad! Acaban de hacerme comprar el *Mese di Maria*, librito muy extendido

(1) *San Ligorio*, edición de los benedictinos de Solesmes, 1834, tomo I, pág. 495: «¿Sabéis cómo suceden las cosas en el cielo? La santa Virgen se pone delante de su divino Hijo y le enseña su seno, donde El estuvo encarnado durante nueve meses, y sus pechos sagrados, con los cuales tantas veces le dió de mamar. El Hijo se pone delante de su Padre omnipotente y le enseña su costado abierto y las llagas que recibió por nosotros. A la vista de estas dulces prendas del amor de su Hijo, Dios no puede negarle nada y así nosotros lo obtenemos todo.»

San Alfonso María de Ligorio es el casuista más acreditado de los tiempos modernos; además, ha escrito diversos tratados de espiritualidad. Ruego al lector que vea su *Reglamento de la vida de un cristiano*, sus *Poesías espirituales*, sus *Glorias de María* y su *Teología dogmática*, capítulos «De Matrimonio» y «De Restitutione», libro III, duda VI, artículo IV.

que indica bien el tono de la devoción en Roma. Consta de instrucciones para cada día del mes de la Virgen, con prácticas y oraciones llamadas *flores*, *quirnaldas* y *coronas espirituales*. «¿Quién puede dudar—dice—que la bienaventurada Virgen, que es tan generosa, tan magnánima, entre tantas coronas de gloria que tiene á su disposición no reserve una para el que con una constancia infatigable se haya ocupado en ofrecerle las referidas coronas?» Siguen á esto unos versitos y treinta historias en confirmación de lo supradicho. He aquí algunas:

«Un joven llamado Esquilio, que no tenía más de doce años, llevaba una vida muy criminal é impura. Dios, que quería llevarlo hacia sí, le hizo caer gravemente enfermo, de modo que, desesperando de su vida, por momentos esperaba ya la muerte. Como había perdido el conocimiento y se le creía ya fallecido, fué llevado á una estancia llena de fuego, é intentando él huir de las llamas, vió una puerta, por la cual, habiéndose encaminado, entró en una sala donde encontró á la Reina del cielo con muchos santos que le hacían el cortejo. Esquilio se arrojó en seguida á sus pies, pero con ojos serenos ella lo rechazó lejos de sí y mandó que de nuevo fuese llevado á las llamas. El desgraciado imploró el auxilio de los santos, y éstos obtuvieron de María por respuesta que Esquilio era un gran pecador y que jamás había rezado un avemaria. De nuevo intercedieron los santos diciendo que había cambiado de conducta, y al mismo tiempo Esquilio, lleno de un gran terror, prometía entregarse por entero al Espíritu de Dios y servirle mientras viviese. Entonces la Virgen, habiéndole dirigido una severa reprehensión, le exhortó á rescatar sus pecados por la

penitencia y á guardar su promesa, y en seguida revocó la orden que había dado de arrojarle al fuego.»—«Dos jóvenes se paseaban en una barca sobre el río Po: el uno rezaba el Oficio Parvo de Nuestra Señora; el otro rehusó diciendo que aquél era un día de recreo. Zozobró la barca y ambos invocaron á la Virgen; llegó ella, cogió de la mano al primero, y dijo al otro: «Puesto que tú no te has creído obligado á honrarme, no estoy yo obligada á salvarte», y el desdichado se ahogó.»—«Un joven libertino había quitado una de las plumas con las cuales se escribía el registro de los nombres de los fieles que se afiliaban á la congregación de María: tomó esta pluma para escribir un billete de amor, y al hacerlo recibió sobre la mejilla un gran golpe sin ver la mano que le hería. Al mismo tiempo oyó estas palabras: «¡Infame! ¿cómo has tenido la audacia de profanar una cosa que me estaba consagrada?» Cayó él á tierra y su mejilla quedó herida durante muchos días.»

Hago gracia de otros cuentos igualmente extraños. Consejas semejantes alimentan el espíritu de las mujeres, sin exceptuar las damas de la aristocracia; se les refiere que Santa Teresa, interrumpiendo una carta, se fué al jardín, y que Jesucristo mientras tanto concluyó de escribirla. Los maridos han recibido una educación semejante, y sabido es que nunca se borra el sello impreso por la educación; he visto á muchos bien educados y cultos, que no hallaban nada reprehensible en estos cuentos ni en tales libritos, sin contar con que son muchos los espíritus que parecen libres, y sin embargo siguen las huellas de la multitud. Si uno se extraña, al momento responden: «Nos vemos obligados»; y si hay un poco de intimidad, añaden: «Esto no hace daño, y pue-

de hacer bien y podría darse el caso de que los sacerdotes dijéran la verdad; conviene tener precaución en esto.» Ayer, uno de nuestros amigos, al oír que una dama de sociedad acababa de partir para visitar una Virgen que mueve los ojos, dejó escapar una sonrisa. Un joven oficial que estaba presente le dijo, tomando aire muy serio, que él había hecho el mismo viaje con otros ocho amigos y, en efecto, habían visto á la Madona mover los ojos. Por este camino se puede ir muy lejos. La condesa de N... tiene dos niños, al uno bajo la protección de la Virgen de Spoleto y al otro bajo la de Nuestra Señora de Vicálvaro, pues para ella son ambas dos personas diferentes: estas imaginaciones acaloradas y positivas miran la estatua, no como una representación, sino como una diosa viviente. Por fin, teniendo más confianza la condesa en la Virgen de Vicálvaro, bajo su única protección ha puesto á los dos niños.

Sabiendo esto puedes imaginarte cuál puede ser la religión de las gentes del pueblo. Un cochero, de quien se sirve uno de mis amigos, fué arrastrado por sus caballos á la pendiente del Pincio. Veía él que nada podía detenerles, y á la primera Madona de quien se acordó al momento le hizo un voto. Los caballos se rompieron el cráneo contra un muro, el mismo cochero fué lanzado contra la reja de una ventana, se agarró á los hierros y quedó con algunas heridas leves. Después hizo pintar dos tablas de *exvoto*, una representando el momento en pronnció su promesa: la otra es el momento en que fué lanzado contra la reja. Cierta doncella de la condesa N... jugó á la lotería contando con la protección de tres santos. No obtuvo premio, y desde entonces no ha vuelto á tener devoción á unos señores que

tan mal la sirvieron. Esta clase de spiritus se impresiona tan fuertemente, que inventa supersticiones aun fuera del terreno oficial; por ejemplo, la criada N... asegura que el Papa es *jettatore*; si está bueno cuando da la bendición en Pascua Florida, lloverá; si está malo, el tiempo será seco. Naturalmente, las predicaciones y los catecismos laboran en este mismo sentido. Un día entré en una iglesia donde un sacerdote explicaba la doctrina á cuarenta niñas de siete ú ocho años; las criaturas se revolvían con curiosidad, guiñaban los ojos y murmuraban con gesto de sonrisa maligna; todos aquellos cuerpecitos ávidos de movimiento, aquellas cabecitas despiertas y agitadas, se movían inquietas en sus sitios. El cura con aire dulce y paternal, iba de banco en banco, poniendo orden en aquel nido movedizo, repitiendo siempre la misma palabra: *il diavolo*. «Tened cuidado, niñas, con el diablo; mirad que es tan malo... que quiere devorar vuestras almas.» A los quince años, á los veinte, la palabra aquella volverá, y con la palabra la imagen, la boca horrible, las garras afiladas, la llama ardiente y todo lo demás que acompaña á esa personificación.

Un asiduo á la iglesia de Araceli refiere que durante toda la Cuaresma los sermones han versado allí únicamente sobre el ayuno y los manjares prohibidos ó permitidos; el predicador gestícula y se mueve andando sobre un tablado, desde el cual describe el infierno, y en seguida pasaba á explicar las diversas maneras de guisar los macarrones con la merluza y el bacalao, modos muy numerosos que quitan toda excusa á los glotonés que comen de carne. Estos días de Cuaresma un choricero del Corso ha expuesto sus jamones agrupados en forma de sepulcro; encima se esca-

lonaban luces y guirnaldas y en el interior se veía una pecera donde nadaban pescados rojos. El principio esencial es hablar á los sentidos. El italiano no es accesible, como el alemán y el inglés, á las ideas desnudas y abstractas: sin quererlo las mezcla á formas corpóreas y palpables; lo vago y abstracto se le escapan y le repugnan; la estructura de su espíritu impone á sus conceptos contornos limitados; un relieve sólido y esa invasión incesante de imágenes precisas que en otro tiempo formaba su pintura, constituyen hoy toda su religión.

Hay que mantenerse en este punto de vista, que es el de los naturalistas; todo malhumor huye entonces, el espíritu se tranquiliza, no se ve en derredor de sí más que efectos y causas; las cosas explicadas pierden su fealdad; por lo menos se deja de pensar contemplando las fuerzas productivas que por sí mismas; como todas las fuerzas naturales, son inocentes, aunque se pueda emplearlas en el mal ó dirigir las hacia el bien. Hasta las injurias y las violencias interesan; se experimenta la curiosidad de un físico que habiendo observado la electricidad, comprende la tormenta y olvida su jardín estropeado por el granizo al comprobar la exactitud de las leyes que le impiden tener frutos en su huerto.

Cada tres días por lo menos, leía yo en los periódicos declamaciones ruidosas contra dos escritores célebres de nuestro tiempo, el uno tan brillante, tan amable, tan vivo, tan franco, tan espiritual, que olvida uno el apreciar su buen sentido, que es igual á su inspiración. El otro tan amplio, tan delicado, tan fecundo en ideas, tan experto y refinado en el arte de sentir y de indicar los matices, tan felizmente dotado y tan bien provisto,

que la filosofía y la erudición, las altas concepciones de conjunto y la minuciosa filología liberal son hebreos para él; en una palabra, Mr. About, el autor de *La cuestión romana*, y Mr. Renán, el autor de *La vida de Jesús*. Cada tres días se les llama criminales. He leído un artículo titulado *Renán y el diablo*, donde se probaba que las semejanzas entre ambos personajes son numerosísimas. Nada más natural; al pasar por ciertos espíritus, las cosas toman cierto color; las leyes de la refracción mental así lo exigen, y no son menos poderosas que las de la refracción física. He visto un efecto semejante estos últimos días en el Capitolio: se trata de la historia tal como ella viene á ser cuando ha sido elaborada, deformada y henchida al atravesar los cerebros populares. Dos soldados franceses miraban una Judith que acaba de matar á Holofernes; el uno dijo á su compañero: «¿Ves bien á esta mujer? Pues es una tal llamada Carlota Corday, y el degollado es Marat, un hombre que la tenía por querida y al cual asesinó en su baño: convengamos en que todas estas entretenidas son una canalla.»

La campiña

A los ocho de la mañana partimos para Albano, saliendo por la plaza de San Giovanni. Es la más bella de Roma y ya te la he descrito, pero la encuentro ahora más bella que la última vez. Cuando llegados más allá de la puerta se vuelve uno, tiene delante de sí la fachada de San Juan de Letrán, que al primer golpe de vista parece

angulosa y enfática. En el gran silencio de esta hora matinal, en medio de tantas ruinas y de tantas cosas agrestes, no lo es tanto, se la encuentra tan rica como imponente y el sol cae sobre sus altas columnas agrupadas, sobre su reunión de estatuas, sobre sus sólidos muros dorados; aquello es la magnificencia de una fiesta y el brillo de un triunfo.

Los setos reverdecen, los olmos brotan; de largo en largo trecho un albrerchigo, un albaricquero rojo, lucen tan encantadores como lujosos vestidos de baile. Toda la gran cúpula del cielo se presenta luminosa. El acueducto de Sixto V, y después el acueducto ruinoso de Claudio, extienden á la izquierda, en el llano, sus filas de arcadas y sus curvas se redondean con una limpieza extraordinaria en el aire transparente. Tres planos forman todo este paisaje: el plano verde, calurosamente iluminado por el reflejo de rayos ardorosos; la línea inmóvil y grave de los acueductos, y más lejos las montañas en un vapor dorado y azul. En los huecos se ven sobre las alturas rebaños de cabras y de toros de largos cuernos, techos cónicos de cabañas pastoriles parecidas á chozas de salvajes, algunos pastores con las piernas envueltas en una piel de cabra, y acá y allá, hasta perderse de vista, un resto de pueblo antiguo, una tumba roída por la base, un pilar coronado de hiedra, raros despojos que parecen los de una inmensa ciudad arrasada totalmente por un diluvio. Campesinos de mirada reluciente y tez amarillenta cabalgan á campo traviesa para ganar la ruta. La casa del relevo es una construcción agrietada, enrojecida y resquebrajada, especie de tumba muda, donde están acostados sobre sus capas dos hombres minados por la fiebre.